



HAMLET

adaptación de Rosa Navarro Durán

CLÁSICOS
PARA
ESTUDIANTES



edebé



COLECCIÓN
CLÁSICOS PARA
ESTUDIANTES

HAMLET

adaptación de Rosa Navarro Durán



COLECCIÓN
CLÁSICOS PARA
ESTUDIANTES

HAMLET
de William Shakespeare

edebé

© Adaptación del texto: Rosa Navarro Durán

© Edición Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Proyecto y dirección: EDEBÉ
Dirección editorial: Reina Duarte
Diseño e ilustración: Julio Antonio Blasco

1.^a edición, mayo 2018

ISBN: 978-84-683-3506-3
Depósito legal: B. 165-2018
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

Hamlet, príncipe de Dinamarca 9

Personajes 9

Acto primero 11

Escena I 11

Escena II 18

Escena III 27

Escena IV 31

Escena V 35

Acto segundo 43

Escena I 43

Escena II 46

Acto tercero 65

Escena I 65

Escena II 73

Escena III 88

Escena IV 92

Acto cuarto 101

Escena I 101

Escena II 104

Escena III 106

Escena IV 110

Escena V 113

Escena VI 123

Escena VII 125

Acto quinto 131

Escena I 131

Escena II 141

ESTUDIO DE LA OBRA Y ACTIVIDADES

LA OBRA 161

1. El autor 161

2. La obra 162

2.1. El texto de *Hamlet, príncipe de Dinamarca* 162

2.2. La construcción de la tragedia 165

2.3. Los personajes 167

ACTIVIDADES DIDÁCTICAS 171

1. Preguntas para la comprensión y el análisis de la obra 171

1.1. *La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca* 171

- 1.2. Los personajes principales: el príncipe Hamlet y el rey Claudio 171
 - 1.2.1. El príncipe Hamlet 171
 - 1.2.2. El rey Claudio 172
- 1.3. La acción 172
 - 1.3.1. Acto primero 172
 - 1.3.2. Acto segundo 172
 - 1.3.3. Acto tercero 173
 - 1.3.4. Acto cuarto 174
 - 1.3.5. Acto quinto 174
- 1.4. La riqueza de un clásico: reflexiones al hilo de *Hamlet* 175
- 2. En versión original 176
 - 2.1. El monólogo del príncipe Hamlet en la escena I del acto tercero: «Ser o no ser: esta es la cuestión» 176
 - 2.2. El monólogo del rey Claudio en la escena III del acto tercero: «Mi delito está podrido, su hedor llega hasta el cielo» 177

Hamlet, príncipe de Dinamarca

PERSONAJES

CLAUDIO, rey de Dinamarca.

GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet.

HAMLET, príncipe de Dinamarca, hijo del rey Hamlet y sobrino de Claudio.

HORACIO, amigo de Hamlet.

POLONIO, lord chambelán.

LAERTES, hijo de Polonio.

OFELIA, hija de Polonio.

VOLTEMAND y CORNELIO, embajadores en Noruega.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN, compañeros de estudios de Hamlet.

OSRIC, cortesano.

Un noble.

Un sacerdote.

MARCELO, BERNARDO y FRANCISCO, miembros de la Guardia del rey.

REINALDO, criado de Polonio.

Cuatro o cinco actores o cómicos.

Dos sepultureros.

FORTIMBRÁS, príncipe de Noruega.

Un capitán noruego.

Embajadores ingleses.

El ESPECTRO del padre de Hamlet.

Caballeros, damas, soldados, marineros, mensajeros y criados.

La acción, en el castillo de Elsinor en Dinamarca.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

En la muralla del castillo de Elsinor.

Entran dos centinelas, BERNARDO y FRANCISCO.

Bernardo. ¿Quién va?

Francisco. No. Contéstame primero a mí. Date a conocer.

Bernardo. ¡Viva el rey!

Francisco. ¿Eres Bernardo?

Bernardo. El mismo.

Francisco. Llegas puntualmente a tu hora.

Bernardo. Acaban de dar las once. Vete a la cama, Francisco.

Francisco. Gracias por el relevo. Hace un frío que corta. Me duele hasta el alma.

Bernardo. ¿Has tenido una guardia tranquila?

Francisco. No se ha movido ni un ratón.

Bernardo. ¡Buenas noches, pues! Si te encuentras con Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que se den prisa.

Francisco. Me parece que los oigo ya.

Entran HORACIO y MARCELO.

» ¡Alto! ¿Quién va?

Horacio. Amigos de esta tierra.

Marcelo. Y súbditos del rey de Dinamarca.

Francisco. ¡Que tengáis buenas noches!

Marcelo. ¡Adiós, buen soldado! ¿Quién te ha relevado?

Francisco. Bernardo ocupa mi puesto. ¡Adiós! ¡Buenas noches!

Se va FRANCISCO.

Marcelo. ¡Oye, Bernardo!

Bernardo. ¡Sí!... ¿Está Horacio aquí?

Horacio. Al menos un trozo de él.

Bernardo. Bienvenido, Horacio. Y tú, mi buen Marcelo.

Marcelo. ¿Ha vuelto a aparecer eso esta noche?

Bernardo. Yo no he visto nada.

Marcelo. Horacio dice que no es más que nuestra fantasía y que no se va a dejar engañar por esa espantosa visión que hemos tenido dos veces. Así que le he pedido que nos acompañe esta noche. Y si vuelve la aparición, podrá darnos la razón y además podrá hablarle.

Horacio. ¡Bah! ¡Seguro que no aparece!

Bernardo. Sentémonos un rato y te contaremos de nuevo lo que hemos visto esas dos noches.

Horacio. Está bien. Sentémonos y que Bernardo nos lo cuente.

Bernardo. La última noche que lo vimos, cuando esa estrella que está al oeste del polo había llegado a donde ahora está, Marcelo y yo, mientras se oía la campanada de la una...

Entra el ESPECTRO.

Marcelo. ¡Cállate, que está aquí otra vez!

Bernardo. Tiene la misma figura que nuestro rey muerto.

Marcelo. Horacio, tú que tienes estudios, háblale.

Bernardo. ¿No se parece al rey? ¡Fíjate, Horacio!

Horacio. Se parece muchísimo. Estoy atónito y muerto de miedo.

Bernardo. Parece que quiere que le hablemos.

Marcelo. Pregúntale quién es, Horacio.

Horacio. ¿Quién eres tú que a esta hora de la noche usurpas la figura hermosa y valiente del que fue rey de Dinamarca? ¡Por el cielo, te pido que me contestes!

Marcelo. ¡Se ha ofendido!

Bernardo. ¡Se marcha!

Horacio. ¡Espera!, ¡ habla! ¡Te lo pido, contéstame!

El ESPECTRO se va.

Marcelo. Se ha marchado sin querer contestar.

Bernardo. ¿Y ahora qué, Horacio? Tiembles y estás pálido.

¿No es algo más que fantasía nuestra? ¿Qué piensas de esto?

Horacio. Lo juro por Dios: no lo hubiera podido creer si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

Marcelo. ¿No es como el rey?

Horacio. Tan parecido a él como tú a ti mismo. Llevaba la misma armadura que cuando luchó contra el ambicioso rey de Noruega. ¡Qué extraño es todo esto!

Marcelo. Lo mismo sucedió las otras dos veces. A esta misma hora, caminó con paso marcial ante nuestra guardia.

Horacio. No sé qué puede ser. Pero me da la impresión de que esto anuncia algún suceso grave para nuestro Estado.

Marcelo. Sentémonos. Y que me diga quien lo sepa por qué hay tantos guardias en este país y por qué se funden tantos cañones de bronce y se compran tantas armas en mercados extranjeros. ¿Por qué los carpinteros trabajan en las naves del puerto toda la semana sin respetar el domingo? ¿Qué se está preparando? ¿Quién puede informarme?

Horacio. Yo mismo. Al menos puedo contaros los rumores que hay. Nuestro último rey, cuya imagen acaba de aparecerse nos, fue desafiado por el ambicioso Fortimbrás de Noruega. En ese combate, nuestro valiente rey Hamlet mató al orgulloso Fortimbrás. Y habían sellado un acuerdo según el cual el que muriese dejaba al vencedor parte de sus tierras. Así pasó a nuestro rey Hamlet parte del territorio noruego, y ahora el joven príncipe Fortimbrás ha reclutado por toda Noruega un ejército de soldados muertos de hambre para

recobrar por la fuerza los territorios perdidos por su padre. Esta creo que es la causa de los preparativos de guerra y de la vigilancia en todo nuestro país.

Bernardo. Seguro que es eso. Y también debe de ser la razón de que esa portentosa figura pase por delante de nuestra guardia armada y con el aspecto del rey que fue la causa del comienzo de esta guerra.

Horacio. Es como una mota que nubla los ojos de la mente. En Roma, poco antes de que mataran a Julio César, las tumbas se quedaron vacías y los muertos envueltos en sudarios iban gritando por las calles romanas; se vieron además en el cielo estrellas con colas de fuego, y hubo un eclipse de luna parecido al del Juicio Final. Del mismo modo se han visto prodigios en nuestras tierras como anuncio de algún suceso fatal.

Vuelve a aparecer el ESPECTRO.

»¡Silencio! ¡Mirad! ¡Ahí aparece de nuevo! Voy a ir su encuentro aunque me fulmine. ¡Detente, visión!

El ESPECTRO extiende los brazos.

»Si tienes voz, háblame. Si puedo hacer algo por ti, háblame. Si conoces el destino de nuestro pueblo y, sabiéndolo, pueda evitarse, ¡háblame! O si, cuando vivías, como un

avaro, guardaste tesoros en la tierra y por eso –como dicen–
vas vagando muerto, ¡dímelo! ¡Detente y habla!

Canta el gallo.

» ¡Detenlo, Marcelo!

Marcelo. ¿Le doy con la alabarda?

Horacio. Si no se para, sí.

Bernardo. ¡Está aquí!

Horacio. ¡Ahora aquí!

Se va el ESPECTRO.

Marcelo. Se ha ido. Nos equivocamos al intentar detenerlo a la fuerza. ¡Tiene un porte tan majestuoso! Es invulnerable como el aire, y nuestros vanos golpes son pura burla.

Bernardo. Iba a hablar cuando cantó el gallo.

Horacio. Y huyó como alma en pena. He oído decir que el gallo, que es el clarín de la mañana, con su voz aguda, despierta al dios del día; y ante este aviso, todo espíritu que vague por mar, fuego, tierra o aire vuelve a su morada. Y lo que acabamos de ver prueba que eso es cierto.

Marcelo. Se desvaneció al cantar el gallo. Y dicen que, cuando se acerca la celebración del nacimiento del Salvador, el ave del alba canta toda la noche, y ningún espíritu se atreve a vagar por ahí, ni hay planetas que choquen ni hadas que

encanten ni brujas que hechicen, ¡tan santificado y lleno de gracia está ese tiempo!

Horacio. Sí, también lo he oído decir yo. Pero mirad: la aurora con su manto rojo camina ya por el rocío de aquella alta colina del oriente. Acabó nuestra guardia. Creo que tendríamos que contar al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche. Quizá este espíritu, mudo para nosotros, le hablaría a él. ¿No os parece que tenemos que decírselo? Nuestro afecto hacia él se une a nuestro deber de contárselo.

Marcelo. Es cierto, vamos a hacerlo. Sé dónde lo encontraremos esta mañana.

ESCENA II

Salón del trono en el castillo de Elsinor. Toque de trompeta.

Entran CLAUDIO, REY de Dinamarca, la REINA GERTRUDIS, el príncipe HAMLET, el Consejo, con VOLTEMAND y CORNELIO, POLONIO y su hijo LAERTES, con nobles y acompañamiento.

Rey. Aunque todavía está fresca en la memoria la muerte de nuestro querido hermano Hamlet, y el dolor llena nuestros corazones, y la aflicción a todo nuestro reino, sin embargo, la discreción lucha con la naturaleza de modo que el dolor se hace más prudente, y nos damos cuenta de que no solo debemos acordarnos de él sino también de nosotros mismos. Así que he tomado como esposa a quien era nuestra hermana y hoy es reina compañera en este trono de un país en guerra. Lo he hecho con esperanza y con lágrimas en los ojos, con dolor y con placer. Hemos seguido vuestro consejo en ello, por lo que os damos las gracias.

»Tenéis que saber ahora que el joven Fortimbrás, valorando muy poco nuestro poder o creyendo que la muerte de nuestro hermano ha dejado un país desunido y hundido en el caos, soñando que él es más poderoso, no deja de importunarnos con mensajes exigiendo la devolución de

las tierras perdidas por su padre y ganadas según la ley por nuestro valeroso hermano. Voy a hablaros ahora del asunto de esta reunión. Hemos escrito al rey de Noruega, el tío del joven Fortimbrás, quien apenas conoce las intenciones de su sobrino porque está postrado en cama, inválido, y le hemos pedido que las frene, porque sabemos que está alistando soldados entre sus súbditos.

»Y aquí os mandamos a ti, buen Cornelio, y a ti, Voltemand, para que llevéis este mensaje al viejo rey; tenéis solo los poderes que esta carta os da. Adiós. Sed diligentes como lo exige vuestra obediencia.

Voltemand. En esto y en todo cumpliremos con nuestro deber.

Rey. No tenemos la mínima duda. Nuestro más cordial adiós.

Se van VOLTEMAND y CORNELIO.

»Y ahora, Laertes, ¿qué noticias traes? Nos hablaste de que querías pedirnos algo, ¿qué era, Laertes? Cualquier petición tuya razonable será más ofrecimiento mío que ruego tuyo. No está más cercana la cabeza al corazón, ni la mano más al servicio de la boca, que el trono de Dinamarca lo está para tu padre. ¿Qué quieres pedirnos, Laertes?

Laertes. Majestad, quiero vuestro permiso y favor para que pueda regresar a Francia, de donde vine para rendiros pleitesía en vuestra coronación. Debo confesaros que ahora,

cumplido mi deber, mis pensamientos y deseos me llevan de nuevo a Francia si vos me dais permiso.

Rey. ¿Tienes ya el permiso de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

Polonio. Lo tiene, mi señor. Insistió tanto que se lo di, al fin, muy a disgusto. Os suplico, pues, que le dejéis marchar, señor.

Rey. Aprovecha la ocasión, Laertes. El tiempo es tuyo, ¡con las virtudes que tienes sácale jugo!

»Y tú, mi sobrino Hamlet y mi hijo, ...

Hamlet. [*Aparte.*] [Algo más que pariente y menos que hijo.]

Rey. ... ¿todavía estás ensombrecido por las nubes?

Hamlet. No es eso, señor, sino que estoy demasiado al sol.

Reina. Mi buen Hamlet, retira la noche de tu rostro y mira amablemente al rey de Dinamarca. No busques más, con los párpados bajos, a tu padre en el polvo. Ya sabes que es natural que muera lo que vive, que de la naturaleza se pasa a la eternidad.

Hamlet. Sí, mi señora, es lo común.

Reina. Si es así, ¿por qué te parece tan extraño?

Hamlet. ¿Parece, señora? No, ¡lo es! No son solo, madre, mis ropas de luto y mis suspiros y mis lágrimas y la expresión de mi hondo sufrimiento –todo esto «parece» porque son acciones que un hombre puede hacer–, sino que dentro de mí hay mucho más que apariencias o trajes del dolor.

Rey. Está muy bien, Hamlet, que rindas el homenaje de tu luto a tu padre, pero no olvides que tu padre perdió también al suyo, y este a su vez al que le dio la vida. El que sobrevivi-

ve tiene obligación de manifestar su tristeza algún tiempo. Pero insistir en ella puede llegar a ser una obstinación impía, opuesta a la decisión del cielo, y propia de un corazón sin fortaleza. No podemos oponernos a lo que es inevitable, es absurdo hacerlo porque la ley de la naturaleza dice que los padres han de morir antes.

»Te ruego que olvides este dolor inútil y que empieces a pensar en mí como en un padre. Pues todo el mundo tiene que saber que tú eres el más inmediato a nuestro trono, y yo te profeso el amor más noble que pueda sentir el padre más cariñoso por su hijo.

»No compartimos además tu deseo de volver a estudiar a Wittenberg, y te rogamos que te quedes aquí, con nosotros, como alegría y consuelo nuestros, y que seas nuestro principal cortesano, sobrino e hijo.

Reina. Escucha los ruegos de tu madre, Hamlet. Te suplico que te quedes con nosotros y no te vayas a Wittenberg.

Hamlet. Procuraré obedeceros en todo, señora.

Rey. Esa es una respuesta llena de afecto. Sé uno de nosotros en Dinamarca.

»Señora, venid. Esta libre decisión de Hamlet alegra mi corazón. ¡Hoy anunciarán los cañones los alegres brindis del rey de Dinamarca! Vámonos.

Suenan trompetas.

Se van todos menos HAMLET.

Hamlet. ¡Ah, si esta carne mía, demasiado sólida, se fundiese y se volviera rocío! ¡Ay, si Dios no hubiera prohibido el suicidio! ¡Oh, Dios!, ¡Dios! ¡Qué fatigosas e inútiles me parecen todas las costumbres de este mundo! ¡Qué vergüenza!, ¡ah, qué vergüenza! Es un huerto sin cultivar que crece para dar semillas, y en él solo hay cosas podridas. ¡Haber llegado a esto...! ¡Muerto hace solo dos meses!, ¡no, ni siquiera dos! Un rey tan excelente, tan cariñoso con mi madre, ¡no hubiera dejado ni que el viento rozara con fuerza sus mejillas! Cielos y tierra, ¿tengo que recordarlo? Ella iba pegada a él, con amor que aumentaba con el amor. ¡Y ahora, al cabo de un mes...! ¡No quiero pensarlo! Fragilidad, tienes nombre de mujer. ¡Apenas un mes! Antes de que envejecieran los zapatos que llevaba al acompañar el cadáver de mi pobre padre, hecha un mar de lágrimas... ¡Sí, ella misma! ¡Oh, Dios! –un animal irracional habría llevado luto más tiempo–, ella, ¡casada ahora con mi tío!, con el hermano de mi padre, pero no más parecido a él que yo a Hércules. ¡Al cabo de un mes! ¡Todavía la sal de sus lágrimas enrojecía sus ojos y ya se casaba! ¡No, no puede acabar esto bien! ¡Rómpete, corazón, porque tengo que frenar mi lengua!

Entran HORACIO, MARCELO y BERNARDO.

Horacio. ¡Saludo a Vuestra Alteza!

Hamlet. Me alegra verte bien. ¿Eres Horacio, o ya ni me conozco a mí mismo?

Horacio. El mismo, señor, y siempre vuestro humilde servidor.

Hamlet. Mi buen amigo, voy a serlo yo tuyo. ¿Qué haces lejos de Wittenberg, Horacio? ¡Marcelo!

Marcelo. ¡Mi buen señor...!

Hamlet. Me alegro mucho de verte.

»Buenas tardes, Bernardo.

»Pero, Horacio, ¿qué demonios haces lejos de Wittenberg?

Horacio. Hago novillos, mi señor. Soy un holgazán.

Hamlet. No permitiría ni a un enemigo que dijera esto de ti. No quiero que fuerces así mis oídos para que lleguen a creer lo que oyen. Sé que no eres ningún vago. ¿Qué haces en Elsinor?

Horacio. Mi señor, vine al funeral de vuestro padre.

Hamlet. Por favor, mi querido amigo, no te burles de mí. Querrás decir que viniste a la boda de mi madre.

Horacio. Cierto, señor, una cosa siguió enseguida a la otra.

Hamlet. ¡Hay que ahorrar, Horacio! Los pasteles de carne del entierro fueron servidos luego como fiambres en las mesas de la boda. ¡Hubiera preferido encontrarme con mi peor enemigo en el cielo antes que ver nunca ese día, Horacio! Mi padre..., me parece que veo a mi padre.

Horacio. ¿Dónde, señor?

Hamlet. Con los ojos del alma, Horacio.

Horacio. Una vez lo vi. Era un gran rey.

Hamlet. Era un gran hombre por encima de todo. Ya no veré a nadie como él.

Horacio. Señor..., creo que lo vi anoche.

Hamlet. ¿Que viste a quién?

Horacio. Al rey, vuestro padre, mi señor.

Hamlet. ¿A mi padre, el rey?

Horacio. Contened vuestro asombro un rato y esperad con oído atento a que os cuente este prodigio con el testimonio de estos caballeros.

Hamlet. ¡Cuenta, por amor de Dios!

Horacio. Dos noches seguidas estos caballeros, Marcelo y Bernardo, mientras hacían la guardia, en ese tiempo de soledad y a medianoche, han tenido este encuentro: una figura como vuestro padre, armada de pies a cabeza, se aparece ante ellos y se les acerca con pasos lentos y solemnes. Tres veces desfila ante sus ojos aterrorizados, a la distancia de su bastón de mando. Ellos, hechos gelatina de puro miedo, no dicen palabra. Luego me lo cuentan en total secreto. La tercera noche los acompañó yo en la guardia. Y tal como me habían dicho, tanto en la hora como en la forma, cierto todo palabra por palabra, llega la aparición. ¡Reconocí en ella a vuestro padre! Mis manos no se parecen más entre sí.

Hamlet. Pero ¿dónde fue eso?

Marcelo. Señor, en la explanada donde hacíamos la guardia.

Hamlet. ¿No le dijiste nada?

Horacio. Yo sí, señor, pero no me contestó. Hubo un momento en que me pareció que levantaba la cabeza y la movía como si quisiera hablarme. Pero en ese momento cantó muy

fuerte el gallo del amanecer, y el sonido hizo que el espectro se apresurara a irse y se desvaneciera ante nuestros ojos.

Hamlet. ¡Es muy extraño!

Horacio. Tan cierto es como que estoy vivo, mi honorable señor. Y creímos que era nuestro deber informaros.

Hamlet. Cierto, cierto, señores. Pero todo esto me inquieta muchísimo. ¿Vais a estar de guardia esta noche?

Marcelo y Bernardo. Sí, mi señor.

Hamlet. ¿Decís que iba armado?

Marcelo y Bernardo. Armado, mi señor.

Hamlet. ¿De pies a cabeza?

Marcelo y Bernardo. Sí, mi señor, de pies a cabeza.

Hamlet. ¿Así no le visteis la cara?

Horacio. ¡Oh, sí, señor! Llevaba la visera levantada.

Hamlet. ¿Miraba con el ceño fruncido?

Horacio. Más que furioso parecía triste.

Hamlet. ¿Pálido o enrojecido?

Horacio. Muy pálido.

Hamlet. ¿Y te miró fijamente?

Horacio. Todo el rato.

Hamlet. Me hubiera gustado estar allí.

Horacio. ¡Os hubierais quedado pasmado!

Hamlet. Seguro, seguro. ¿Se quedó mucho tiempo?

Horacio. El tiempo de contar hasta cien, pero despacio.

Marcelo y Bernardo. ¡Mucho más!, ¡mucho más!

Horacio. Cuando lo vi yo, no.

Hamlet. Tenía la barba gris, ¿no?

Horacio. Era igual que cuando se la vi en vida, de un negro plateado.

Hamlet. Haré la guardia esta noche. Quizá vuelva a aparecerse.

Horacio. Estoy seguro de que sí.

Hamlet. Si aparece con la figura de mi padre, le hablaré aunque el mismo infierno se abra y me ordene que calle. Y os ruego a los tres que, si habéis ocultado esta visión hasta ahora, por favor sigáis callando. Pase lo que pase esta noche, pensad en ello, pero no digáis nada. Yo recompensaré vuestro afecto. ¡Adiós! ¡Hasta la noche! Entre las once y las doce iré a veros a la explanada.

Todos. Vuestra Alteza tiene nuestra total lealtad.

Hamlet. Vuestro afecto, como yo a vosotros. ¡Adiós!

Se van.

»¡El espíritu de mi padre... armado! Mal, muy mal. Sospecho algún asunto sucio. ¡Ojalá ya hubiera llegado la noche! ¡Serénate, alma mía! La suciedad tiene que salir a la superficie aunque la tierra la cubra a los ojos de los hombres.

Se va.